

Dos 11 de septiembre históricos

NO creo que los seres humanos se movilizan en mera función de recuerdos. Pero pienso que tampoco puede impulsarse fecundamente la voluntad creadora de los pueblos, de espaldas a su pasado o sin arraigo en su propia historia. De ahí el sentido de celebrar los aniversarios patrios.

Por eso, resultaría imposible sustraerse hoy al dramático recuerdo de lo que los chilenos vivíamos hace exactamente nueve años, la tarde del 10 de septiembre de 1973. No se trata de reiterar sus pormenores, suficientemente conocidos. Sólo de remontar la imaginación a aquellas negras horas en que todos nuestros horizontes parecían cerrarse definitiva e inexorablemente, apenas alumbrados por una última esperanza.

Las palabras caos y anarquía resumían nuestra postración moral, política y económica. La palabra odio, llevada a su máxima extensión y violencia, sintetizaba la ruptura de nuestra convivencia social. Los vecinos de barrio, los compañeros de trabajo o de estudio, y hasta los miembros de una misma familia, habían llegado a sentirse vitalmente como enemigos entre sí. Logrado ya eso por la acción sistemática del Gobierno marxista, la guerra civil no era una simple ame-

naza, sino una realidad que empezábamos a vivir.

Y como ominoso trasfondo de ese drama, se cernía la inminencia de que Chile fuera transformado para siempre en un Estado marxista, en otra Cuba, en un satélite más del imperialismo rojo.

No es necesario —insisto— abundar en más detalles. Simplemente recordar los trazos gruesos de ese cuadro, y reflexionar, en emocionado silencio, la angustia que él nos evoca.

El 11 de septiembre de 1973, cuando la resistencia mayoritaria y heroica del pueblo chileno había llegado al límite de sus posibilidades, sobrevino la acción salvadora —largamente exigida por la ciudadanía—

“El 11 de septiembre de 1973, nuestro pueblo y nuestras FF.AA. conjugaron su común vocación libertaria. El 11 de septiembre de 1980 esas dos voluntades volvieron a fundirse para institucionalizar un camino democrático...”



de nuestras Fuerzas Armadas y de Orden.

Soy de los que estiman que el saldo de estos nueve años de Gobierno militar resulta ampliamente positivo. Que sus logros superan con creces a sus fallas. Y que los rigores de la actual crisis económica, siendo muy duros, no podrían razonablemente compararse con la angustia de la experiencia marxista.

PERO más allá de cualquiera de esos juicios, el solo hecho de habernos liberado de la esclavitud comunista compromete nuestra gratitud hacia quienes lo hicieron posible. En un país en que la ingratitud

se ha denominado “el pago de Chile”, nuestra palabra de reconocimiento hacia ellos brota hoy sobria, pero honda y renovada.

Con todo, el 11 de septiembre de 1973 está indisolublemente ligado a otro 11 de septiembre, también ya histórico: el de 1980, en que Chile aprobó una nueva Constitución Política.

En efecto, la mayoría de los Gobiernos militares latinoamericanos se han frustrado históricamente, a veces por el fracaso económico o la deshonestidad moral, pero casi siempre —además— por su incapacidad para legar un régimen político estable capaz de sucederlos.

De allí la importancia de que, junto con recuperarnos de la actual crisis económica y de preservar cuidadosamente la austeridad en todos los niveles gubernativos, se acentúe la implementación de la Carta Fundamental vigente. En el afianzamiento gradual y sólido de la democracia renovada que ella consagra reside, quizás, la clave esencial de nuestro futuro.

EL 11 de septiembre de 1973, nuestro pueblo y nuestras Fuerzas Armadas conjugaron triunfantes su común vocación libertaria. El 11 de septiembre de 1980, esas dos voluntades volvieron a fundirse ciertas, ahora para institucionalizar un camino democrático hacia el futuro. Lejos de ser una coincidencia de fechas, estamos frente al rumbo de una sola y gran esperanza.